

**Incorporación del académico
Don Harry Belevan-McBride**

**IDIOMA E IDENTIDAD:
UNA TRAVESÍA POR LA PALABRA***

In memoriam Augusto Tamayo Vargas

Cierta vez le preguntaron a Octavio Paz sobre los giros locales del castellano en su país, a lo que el poeta respondió con aspereza: “El castellano es de los castellanos y yo soy mexicano y como tal hablo español y no castellano”. Tan contundente afirmación la apuntalaría su colega Pablo Neruda cuando sugirió, menos hirsuto y más lírico, que si los conquistadores se llevaron nuestro oro nos dejaron, sin embargo, el suyo: la lengua española. ¡Cuánta verdad encierra esta metáfora! Porque el idioma español está en la base misma de la formación de la identidad de cada nación hispanoamericana, y es por eso un tesoro aún más perdurable que cualquier metal precioso.

* Discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua como Académico de Número, en sesión pública del 9 de agosto de 2012, que se realizó en la Casa Museo Ricardo Palma, ciudad de Lima.

Pero me disculpo por no haber comenzado como se debe, cumpliendo con el ritual protocolar de tan solemne circunstancia. En primer lugar, y junto con agradecerles a todos ustedes por honrarme con su deferente presencia, va mi emocionada gratitud a los señores académicos por haberme considerado merecedor de integrar, como Académico de Número, la docta Corporación peruana, fundada en el siglo XIX y correspondiente desde el primer momento de la Real Academia Española. Mi agradecimiento a usted, señor Presidente y amigo y, por su digno intermedio, a los miembros presentes y ausentes, por elegirme para esta noble institución cuya figura más emblemática será siempre el dueño y señor de la casona en la que nos reunimos esta noche, don Ricardo Palma, cuyo solo nombre evoca grandeza literaria sin olvidar ese heroísmo bibliófilo con que enfrentó el desafío inconmensurable de reconstruir, mendigando libros, nuestra despojada Biblioteca Nacional.

No podría tampoco, en estos preámbulos, dejar de mencionar al único colega académico que nos ha dejado en los meses transcurridos desde mi elección; me refiero al profesor y amigo don José Luis Rivarola Rubio. Con la palabra atemperada de la evocación, puedo recordar con mayor claridad al joven asistente de ese maestro de generaciones que fue don Luis Jaime Cisneros, entrando a las aulas húmedas del patio de Letras de la Católica en la plaza Francia, en donde tuve mis primeros contactos con el medio universitario peruano en aquellos lejanos años sesenta. Con su rigor intelectual y su erudición él podía, al igual que su mentor, contagiar a los alumnos su entusiasmo decortizando el significado de una conjunción adversativa o de un acento prosódico, y transmitirlo todo con la misma convicción con que nos revelaba los arcanos de la epéntesis o de un sintagma nominal, o los misterios de las figuras de dicción. Sabemos bien que su discurso teórico perdurará en el tiempo, como él ha de permanecer en nuestra memoria.

Señor Presidente:

El recuerdo de este ilustre investigador peruano de la lengua española, me induce a compartir con ustedes unas cuantas reflexiones personales sobre nuestro idioma. Lo hago, ciertamente, no como lingüista,

que no soy, sino apenas como un trabajador más de la palabra escrita. Pero lo hago sobre todo —y es la primera vez que lo confieso—, porque fue el idioma español el que me forjó como el individuo que he sido hasta hoy, al revelarme mi propia identidad de manera a la vez análoga y distinta a como lo hizo con los oriundos de la América hispanohablante.

Comencé estas palabras refiriéndome a la lengua llamada española, al decir de Octavio Paz y de otros oficantes del idioma, o meros usuarios como yo, que nos resistimos a la sinonimia maquinaal entre los vocablos *español* y *castellano*. Fue eso quizá lo que más me confundió cuando vine a radicar al Perú y lo que, de algún modo, sigue llamándome la atención cuando escucho decir *castellano*, que suele ser como los peruanos nos referimos más comúnmente a nuestro idioma, en lugar de *español*. No es incorrecto, claro está, pues ambas palabras son intercambiables, además del hecho de que el primer intento por fijar normas para el uso reglamentado de nuestra lengua fue, allá por el siglo XV, la *Gramática Castellana* de Antonio de Nebrija y que solo con la decimoquinta edición de 1925, el *Diccionario de la lengua castellana* (como se lo llamó desde su primera edición en 1726), pasaría a denominarse *de la lengua española*. Pero no olvidemos que esto se debe a que el castellano, dialecto románico de Castilla la Vieja, era considerado en aquellos tiempos como el ascendiente mayor de la lengua de España, referencia unitaria a un espacio geográfico así como invocación indisociable a una cosmogonía y una determinada heredad integradora que, acaso más que cualquier otro aporte, ha forjado, en esta ribera de enfrente, a todos los hispanoamericanos a lo largo de medio milenio. Español es, entonces, a mi juicio, el nombre con que deberíamos llamar con mayor propiedad a nuestro idioma.

Lengua española, sí, que para nosotros los americanos fue tal vez una herramienta ontológica más útil que para los propios peninsulares, porque con ella se forjaría la simbiosis del encuentro de esos dos mundos de los cuales somos tributarios. Idioma español que nos modeló cuando se encontraba en su cristalización definitiva, libre ya de las rudas formas medievales pero sin haber caído aún en el retorcimiento latinizante importado por la corriente renacentista. Lenguaje español, sí, viril y diáfano, que acababa de vidriarse en el crisol de Nebrija pero también

en el *Diálogo de las lenguas* de Juan de Valdés. Habla española, henchida de sabiduría popular y de ese espíritu democrático de las cartas-pueblas, de las coplas contra príncipes y nobles, de los entremeses y sainetes, del relato picaresco, que ya se insinuaba, y de los refranes castellanos, todo lo cual desembocaría en la magnífica epopeya individualista del *Romancero*. Es cierto que de fuera ya estaban invadiendo el ascético solar castizo los sonetos, los endecasílabos y las comedias triviales al gusto italiano. Mas el idioma español supo absorber esas influencias y fundir lo propio con lo extraño, lo popular con lo culto, la universidad con la tenería, como quedaría reflejado en ese portento de tragicomedia que fue *La Celestina*.

Pero lo que llegaría a las Américas traído por la algarada popular de la Conquista, sería sobre todo el idioma de los refranes, de las décimas y los romances, del habla popular de los burgos y, con todo ello, la jerga jurídica y hasta leguleya de los licenciados en requerimientos y cédulas reales, el latín de los frailes y las novelas de caballería que, a mi entender, se transformarían entre nosotros en el género de la crónica. Hubo, entonces, a través del idioma, un aporte ibérico fundamental para nuestra formación como pueblo y como nación, lo que nunca podrá soslayarse como algunas veces se pretende hacerlo con vacuas retrospectivas chauvinistas, puesto que fue con ese idioma que se concibieron aquellas ideas de patria, de libertad y de independencia que en menos de tres siglos se materializarían usando la lengua hispana y ninguna otra.

Observo, sin embargo, alarmado, la temeridad detrás de estas digresiones pues no soy historiador ni tampoco lexicógrafo ni filólogo, apenas un entusiasta aficionado a estas disciplinas del lenguaje. Más bien, mi intención es transmitir mi absoluta identificación con el idioma español para decir, por contraste, que hubo un tiempo en que no hubiera podido sentirlo así. Fue la época de todos mis años formativos, los de la niñez y la juventud, en que el paso de una educación en francés y en inglés no dio cabida al manejo integral del español. Era, por cierto, un idioma que se hablaba en casa, pero con los amigos del liceo y con mi hermano hasta bien entrados en años, nunca lo usamos para comunicarnos y, por lo demás, nunca había aprendido realmente a escribirlo.

Porque si hablar en español fue para mí un gusto innato, como se dice coloquialmente, escribirlo fue más bien un gusto adquirido a partir del momento en que distinguí que la literatura devendría en mi carné de identidad. Admito que en los balbuceos iniciales con la redacción del español, extrañaría la infinita ductilidad discursiva del inglés y las insondables sutilezas del francés; y de ambos, su depurada sonoridad y armonía. Pero cuando logré dominar la vertiente escrita del español que, por decisión consciente, adoptaría como mi propio idioma, descubrí, deslumbrado, la tersa cadencia y reciedumbre de su retórica y el rumor acerado de cada palabra.

Claro está que esta, la palabra, no es necesariamente literatura, si bien la literatura es solamente palabra, escrita u oral, pero palabra, siempre. Lo digo porque, además de su gramática, fueron las palabras de un libro de literatura las que me revelaron la capacidad de sugestión y encantamiento del idioma español. Junto con las lecturas obligadas del colegio, a menudo atosigadoras por imperativas, aquellas que fueron lecturas propias se orientaron —como es de suponer en un adolescente curioso viviendo en esa Francia siempre hermosa pero grisácea de los años cincuenta, que aún restañaba las heridas de sus *Cuatrocientos golpes* de la guerra como tan elocuentemente la representaría Truffaut—, mis lecturas propias, digo, se inclinaron a los existencialistas, claro, aunque aún más hacia Malraux, así como a ciertos filósofos tan dispersos como el obispo Berkeley o Bertrand Russell. Eran posiblemente lecturas deshilvanadas, pero que tenían para mí el valor trasgresor de haberlas escogido yo mismo y sin imposiciones.

Más tarde, en otro país y remedando nuevamente las preferencias del momento, sentiría también la avidez por leer a la generación *beat*, que ya estaba disolviéndose, aunque algunos sobrevivientes merodeaban aún por ciertos antros de San Francisco, que fue donde terminé mis estudios secundarios. Un lugar emblemático era la City Lights Bookstore, a la que íbamos los aspirantes a la bohemia pretendiendo codearnos con Lawrence Ferlinghetti, propietario de la librería y mecenas de esos pocos *beatniks* que aún recalaban en ella, pero más que nada con la esperanza de cruzarnos en cualquier momento con Jack

Kerouac o Neal Cassady, vana ilusión porque, lamentablemente, solo quedó en eso. Fue en aquel lugar, sin embargo, hoy legendario pero en esos tiempos hasta excéntrico puesto que ofrecía textos en idiomas foráneos, en donde descubrí un libro en español de extraño nombre: era una colección de cuentos intitulada *El Aleph*. Y cuando terminé de leerlos se reveló para mí, en todos sus alcances, ese idioma con el que —me daba cuenta repentinamente— podía decirse y expresarse todo, como me lo estaba demostrando el propio Borges quien, además, me confirmaba con sus narraciones la posibilidad de escribir no solo en otra lengua sino también de otra forma, como aquello que yo había estado leyendo hasta entonces, la existencia de una otra literatura menos comprometida pero más ecléctica, tal como era la que yo había comenzado a vislumbrar y, con enorme osadía, hasta intentado borrar. Otra literatura, sí, más proclive al desacato, a la travesura reflexiva, a la insumisión, y capaz de oxigenar esa ceñuda gravedad que definía, para mí, el universo enjuto de la literatura puramente realista. Así, Borges me abriría un mundo mimético de empatías que hasta ese instante solo había alcanzado a intuir, y devoré sus otros libros con el mismo desenfreno con que digerí *El Aleph*. Y fueron esos textos suyos los que me hicieron incursionar en lo que suele llamarse la literatura fantástica que, de tiempo inmemorial, fue una expresión literaria marginal a la cual, probablemente por esa razón, me sentiría en adelante más familiarmente próximo.

No me fue ajeno, pues, en mis inicios, el interés por el análisis filosófico como lo atestiguan, al decir de cierta crítica, algunos de mis libros primigenios. Pero tampoco me arrepiento de que la ficción se impusiera a la reflexión teórica, aunque esta bien pudo seguir caracterizando algunos de mis escritos sucesivos, porque siempre creí en la servidumbre mutua de la literatura y la filosofía. En una entrevista en la televisión peruana en el año 1978, le pregunté al propio Borges justamente sobre esto. Me dijo: “Yo creo que son dos pasiones del hombre... No creo que la literatura y la filosofía sean esencialmente distintas. Vienen a ser distintas en su forma pero esencialmente son iguales... Yo he pasado casi toda mi vida leyendo libros de metafísica... y leyendo y escribiendo poemas. Y no es que esas actividades... sean distintas, al contrario, yo diría que la poesía se alimenta de ideas, y la filosofía, de emociones...”.

Lejos de ser un precursor del relato de expresión fantástica en el Perú que, dicho sea de paso, no guarda equivalencia alguna con la literatura gótica o la ciencia ficción como con frecuencia se las confunde, intenté más bien establecer sus orígenes y hallar una tradición, periférica pero asible, en nuestra literatura. La encontré por cierto, y fue así que pude elaborar la primera antología razonada del relato fantástico publicada en nuestro medio, si bien hubo otras anteriores que se limitaron a la recopilación de algunos textos, pero sin trazar antecedentes ni analizar la dimensión del fenómeno de lo fantástico. Tal vez, entonces, el mérito efectivo que pueda yo haber tenido en este campo, es el de haber contribuido con el primer trabajo lingüístico realizado en nuestro país sobre lo fantástico, demostrando sus vínculos irrecusables con la filosofía y el psicoanálisis. Quizá haya sido este el aporte literario en el que mis colegas más se fijaron al momento de apoyar mi incorporación a este cenáculo; no lo sé. Pero si así pudo ser, aunque preferiría ser juzgado más como el autor de un par de ficciones redimibles que por mis contribuciones teóricas, no me arrepentiría si algún día se ponderasen con mayor interés mis ensayos que mis cuentos y novelas porque, como ya lo sugerí, la filosofía ha sido siempre para mí una fuente de constante solaz y curiosidad.

Pero es más bien una mera anécdota la que mejor ilustra algo sobre mi “duda dialéctica respecto a la lengua nativa”, para decirlo con las palabras tan pertinentes de ese gran filósofo y crítico contemporáneo llamado George Steiner, otro de los que me enseñaron a pensar y escribir. Más allá de la prehistoria de las tientas iniciales —relatos de tramas truculentas manuscritos en francés o en inglés sobre gruesas páginas cuadrículadas—, mi primer intento de escribir algo de mayor aliento fue, sintomáticamente, en español. Se trató de una pieza teatral llamada *Las coliflores*, tremendo armatoste de interminable duración en el que amontoné todos mis incipientes conocimientos. Muchos años después de haberla escrito se montó por allí un fragmento de esa obra, en un oscuro festival de teatro experimental en el cual yo representaba al Perú por mandato arbitrario de los organizadores. Esto me sirvió para desempolvarla, y fue solo en ese momento cuando tropecé con un cúmulo vergonzoso de faltas ortográficas y de crasos errores de concordancia, que me recordaron mi reducida capacidad de entonces para escribir correc-

tamente en español o, si se quiere, mi enorme capacidad para disimular que estaba traduciendo de mí mismo al español algo razonado en otra lengua. Corregí de inmediato aquellas escenas que debían representarse, pero no dejaron de retumbar en mi mente los nombres de Juan Ríos, Augusto Tamayo Vargas, Ricardo Blume y Julio Ortega, porque —como los únicos, creí recordar, que habían leído aquel texto varios años antes— habían esquivado con infinita bondad la insufrible gramática de este aspirante a escritor en español.

Por todo esto es que yo también reconocería a través del idioma al “país imaginario de mi padre”, tal como Carlos Fuentes llamó en sus años mozos a su desconocido México y para quien, como uno más de entre tanto hijo desarraigado de diplomático, eso sería inicialmente aquella tierra recóndita de sus orígenes, hasta cuando decidió sumergirse en su propio país con vocación de entrega y convicción de vida, en la misma forma como yo lo imitaría, sin saberlo, muchos años después. Eso que identificaría desde entonces como patria no fue, pues, para mí, el azar o una casualidad; fue más bien el resultado intencional de una decisión meditada sobre el idioma que había decidido hacer mío y que me revelaba mi propio origen.

En su amable prólogo a mi primer libro, Mario Vargas Llosa observó que yo estaba marcado por una *extraterritorialidad* (la palabra es suya, en la huella de Steiner) que me definía como alguien “desembarazado de la gloria o la maldición o, simplemente, el estorbo de una nacionalidad”, y pronosticaba que ese rasgo sería la constante de mi escritura. Pero lo que él no podía saber es que, sin gloria ni maldición ni estorbo, ya había decidido para entonces inscribirme como peruano en el casillero en blanco de mi carné de identidad. De este modo, país e idioma fueron elecciones deliberadas que asumí sin sombra de hesitación: una lengua que solo había hablado pero jamás escrito, y una tierra de la que me había alejado con apenas unos meses de edad para no regresar sino convertido en un joven adulto. Decidía, así, identificarme plenamente con ambas, en un caso a través de la diplomacia, intentando compenetrarme del noble ejercicio de representar a mi país natal, y en el otro mediante la literatura,

trabajándola en un idioma que tendría necesariamente que dominar. Idioma e identidad se fusionarían deliberadamente.

* * *

Digo bien la literatura aunque primero fueron las palabras, como siempre la magia de las palabras, palabras depuradas, entongadas unas sobre otras, palabras sucesivas, secuenciales. Las palabras que forman los vocablos, los vocablos que se transforman en discurso. El discurso que propone un texto según el mismo procedimiento transversal, rectilíneo, procedimiento a la vez efímero y perenne, que no podría ser modificado sino por un viraje aún más profundo que la revolución de Gutenberg.

Siempre tuve la sospecha de que la literatura lleva a cabo un combate desigual para evitar que lo oral se anteponga al texto, que la dicción se imponga sobre la escritura. Platón decía que un libro no puede responder a ningún reproche, puesto que su progenitor no está allí para defenderlo. Pero fue Rousseau quien llevó esa alusión crítica a sus extremos: todos los males de la humanidad, según el ginebrino, provienen de la escritura, inmutable según él. Homologó la propiedad privada, tan diligentemente delimitada, con la frase, tan circunspecta en su ordenamiento encadenado. A juzgar por sus teorías, ambas se sobrepondrían hasta el infinito: la geometría de los huertos y la morfología de las palabras; los límites municipales y el ordenamiento sintáctico; la demarcación jurisdiccional y las estructuras gramaticales. Pero, aparentemente, ninguno de estos dos genios tomó en consideración el albedrío imaginario de la cosa literaria mediante el cual el gusto, las nuevas sensibilidades, la atracción por las formas desconocidas, reanimadas o inventadas, son menos la consecuencia del azar, de las reglas o del capricho, que el resultado de presupuestos que testimonian de los valores del tiempo.

En el comienzo el niño escribe como habla. ¿Por qué, entonces, forzarlo a entrar en un universo grafolingüístico hecho de reglas sutiles y de convenciones arbitrarias? Habría entonces que evitarlo, pero eso supondría engañarnos aún más sobre la naturaleza intrínseca de la

escritura: esta no retrata la voz, más bien crea un universo alterno. Escribir constituye el acto de desprender el sentido oral de la palabra, para trasladarla a otro registro. Pero, bien a pesar de ello, temo que seguiremos enfrentando lo verbal a lo escrito, como si se tratase de beneficiar al primero sobre el otro. De allí a consignar el pensamiento humano en un texto gráfico recurriendo al alfabeto, como forma de inventariar las ideas y conceptos para estar en aptitud de descodificarlos al antojo, la tentación de cuestionar la validez misma del libro como tal es enorme. Y ello porque, lejos de haber agotado su efectividad, el objeto-libro, el libro en tanto que objeto, culpable de no haber evolucionado desde sus orígenes, debería someterse a una suerte de autoevolución si ha de atender los requerimientos de una sociedad electrónica, dígase simuladora. Queda así pendiente comprobar si algún día dejaremos de maravillarnos con el misterio por el cual miles de años de expresión humana pueden ser condensados en una biblioteca.

Pero la trama de la incógnita se complica aún más cuando constatamos que, para manifestarse, la inteligencia se asienta desde hace siglos en algo tan frágil como una hoja de papel. Por ello, la escritura contiene para cada época todo aquello que el ser humano ha aprendido y todo lo que aún pueda adivinar de sí y de su entorno. No era otra la intención de Borges al afirmar: “De los diversos instrumentos inventados por el hombre, el más asombroso es el libro. Todos los demás son extensiones de su cuerpo. Solo el libro es extensión de la imaginación y la memoria”. Por eso creo que toda obra literaria participa de una “sublevación crítica contra la realidad”, para decirlo con las palabras de Thomas Mann. Pero semejante insurrección no conllevaría necesariamente un compromiso político, sino que podría tratarse de la sedición de la forma o del contenido, una especie de asonada estética que privilegiaría la convivencia entre la escritura y lo que podríamos llamar, con justo neologismo, la oralidad.

Ahora bien; ya sea lengua escrita o hablada, la literatura no puede abstraerse de su condición de ser origen y consecuencia de esa disciplina que llamamos la gramática: gramática comparada, transformacional, generativa o tradicional; gramática descriptiva, especulativa, estructural

o simplemente general; pero gramática en sí, aquella ciencia entendida como “el arte de hablar y escribir correctamente una lengua”, al decir de ese diccionario que las instituciones dedicadas a la preservación del lenguaje —la Real Academia Española y sus correspondientes como la peruana— revisan, ajustan y enriquecen como quehacer permanente y primordial. Optar, entonces, por el idioma español como instrumento de trabajo era para mí elegir la ardua tarea de adentrarme en los enigmas de su gramática. Pero enfrenté este desafío con el mismo sentido de urgencia con que debía forjarme una nacionalidad porque, junto a aquella premura, yacía la necesidad de encontrar mi propia identidad, el apremio por hallar justamente “la reciprocidad interna entre lenguaje e identidad”, para citar nuevamente a Steiner.

Es así como, en este medio siglo que llevo de aprendizaje de nuestro idioma, aún me seducen aquellos deslumbrantes vericuetos hacia donde puede llevarme cualquier día su gramática como si, avistados desde alguna lejanía, me adentrase con cierto desprendimiento en esos inescrutables laberintos de la lengua española, que refuerzan con sobria precisión nuestro *ser* y *estar* en el universo; (añadiría a pie de página que siempre he admirado la hondura filosófica de estos dos atributos verbales del español, el *ser* y el *estar*, como significantes disímiles de identidad o carácter y de presencia o ubicación, mientras que en inglés o francés, ambos conceptos y sus ricos derivados se manifiestan en un solo verbo).

Con cada palabra que pronunciamos o escribimos estamos aplicando normas gramaticales. Porque hablar y escribir, si lo hacemos con corrección, es saber pensar adecuadamente, es definir el mundo circundante para nosotros mismos y para todo aquello en derredor, por la sencilla razón de que ningún pensamiento humano puede sustraerse a la palabra, es decir, concebirse fuera de ella. Sin la palabra el mundo dejaría de *ser* y su vacuidad sería nuestra deriva, puesto que “los sentidos reciben de las palabras su dignidad, en vez de dársele”, como lo reveló Pascal. Por eso, si discrepo con reverencial respeto de la nueva lingüística de Chomsky, es porque me siento más cobijado en mi ignorancia bajo la mirada benévola de Jakobson o Steiner, pues estos reforzaron sus teorías sobre el lenguaje con algún destello de espiritualidad y de estética —de

emociones como diría Borges—, mientras que aquel aplicó una aproximación científica de paños fríos al misterio que siempre asomará, quiérase o no, detrás del *logos* en cualquier idioma.

Se refiere el diccionario a la gramática como “el arte de hablar y escribir correctamente”, a sabiendas de estar invocando las iras de quienes juran y perjuran en nombre de la soberanía popular sobre las usanzas y costumbres del habla, solo para mejor enfatizar que no hay formas únicas, según ellos, de corrección lingüística. Es innegable, como lo ha manifestado recientemente el Secretario de la Real, que la Academia “(...) no promociona palabras, registra lo que se impone, lo que la gente utiliza”. Pero de una liberal aseveración como esta a la defensa conservadora a ultranza de la reglamentación del lenguaje, hay un trecho para el debate entre los herejes que abogan por la insurrección en contra de los dogmas gramaticales, y aquellos creyentes en la rigidez del idioma sacralizado por el diccionario.

“Hay que acabar con esa patraña de que el pueblo legisla en materia tan metafísica y abstracta como es la vida de un idioma”, afirmaba, provocador, Arturo Capdevila. Conuerdo plenamente con este irreverente y olvidado autor argentino, si bien nunca podría conformarme tampoco con algunos desatinos garrafales que el diccionario y la gramática nos imponen de consuno. Los ejemplos abundan: no se requiere ser lingüista para observar que hay verbos —se los llama defectivos, que por algo será— que, en verdad, nunca sirvieron para mucho pero que, sin embargo, han estado allí por siglos y siguen hasta hoy vigentes. Uno se pregunta para qué se crearon en primer lugar y, peor aún, para qué se los sigue manteniendo. El verbo *abolir*, para no citar sino un caso, solo puede conjugarse en la primera persona plural del presente indicativo, debiendo recurrirse para las restantes declinaciones a sustitutos análogos tales como *anular*, *suprimir* o *revocar*, puesto que sí es correcto decir *nosotros abolimos* pero no así *yo abolo*. ¿Y por qué la palabra *conciencia* puede escribirse sin la *-s-* intermedia mientras que *consciente*, si bien tiene el mismo origen latino, se escribe obligatoriamente con esa *-s-* antepuesta a la *-c-*? Y cuando acabo de decir “solo debe escribirse”, no puedo olvidar que

ahora el adverbio *solo* no lleva tilde puesto que, bajo el prurito equívoco de simplificación llevado al extremo, se ha suprimido esa tilde que lo distinguía claramente del adjetivo, lo cual también alcanza a los pronombres demostrativos propiciando con todo esto la ambigüedad en lugar de aportar claridad. Tampoco, a mi entender, la igualdad de géneros, por más políticamente correcta que sea, justifica que se tenga que desdoblarse el uso genérico masculino para dar cabida a un habla supuestamente no sexista, pero que resulta ser una manipulación caricaturesca de la gramática, prolongando fatigosamente cada palabra al tener que representarla —escribirla o pronunciarla— en su conjugación masculina pero también femenina. Y en materia de definiciones, no es infrecuente cruzarse en el diccionario con algunas explicaciones que, en lugar de esclarecer el concepto de una palabra, que es su función ínsita, confunden aún más que la propia duda o ignorancia que debería despejar. Un ejemplo es la palabra *reclame*: además de hacer referencia, en tanto que americanismo, a la publicidad, conlleva en primera acepción la siguiente definición: “Cajera con sus roldanas que está en los cuellos de los masteleros por donde pasan las ostagas de las gavias”. Y yo pregunto: ¿Es justo darle al neófito en artes navales una definición tan científica de una palabra tan inocente? No hay duda de que se ajusta a la autenticidad conceptual, pero también es cierto que es absolutamente turbia y nada ilustrativa. Y hay muchos ejemplos más, ya lo he dicho, que podrían citarse sin tener que rebuscarlos demasiado en la frondosidad del diccionario. Así, entonces, decir “direccionado” por dirigido, “repcionado” en vez de recibido o “aperturado” y “liderizado” en lugar de abierto y liderado, o los esperpénticos “nadies” y “haiga”, entre las múltiples agresiones auditivas con que, por pereza mental o torpe cursilería, el vulgo nos ataca a diario, es tan disparatado como la exquisita obligación que nos impone el diccionario de tener que decir *instrumento músico* en vez de *instrumento musical*, cuando hablamos del piano o de un violín. Sandeces como todas estas abundan tanto en el habla corriente como en la denominada culta, pero no es este el lugar para catalogarlas ni soy yo el indicado para hacerlo.

* * *

En asuntos del idioma no hay derecho de pernada: ni de los acartonados legisladores idiomáticos que se resisten, despóticos, a las exigencias evolutivas del habla pero tampoco de quienes, por abulia o simple ignorancia, inventan arbitrarios idiolectos pudiendo, sin embargo, recurrir a las palabras adecuadas que les proporciona el idioma.

Siempre he sido un ferviente defensor de los neologismos, entendidos como voces nuevas cuando el lenguaje —obra humana al fin y al cabo— no nos ofrece esa palabra exacta que requerimos para expresarnos con la mayor precisión posible. Pero si toda creación es invención, lo contrario no necesariamente lo es: inventar es hallar algo nuevo, no un triste sustituto de lo existente. Y si esto es válido para las ciencias exactas debe serlo aún más para aquello que es, probablemente, lo único que todos los seres humanos usamos y compartimos a diario: el idioma, ya sea pensando en él o hablándolo y escribiéndolo. Porque, como dicen las Escrituras, en el comienzo fue el Verbo... al que le siguieron los adjetivos y los nombres y artículos y adverbios y todas las demás herramientas necesarias para un determinado sistema vocálico y gráfico, sin el cual nada ni nadie en la tierra existiría, comenzando por el concepto mismo de la palabra *tierra*.

Cancerberos de una pureza del idioma mal entendida o necios defensores de una falsa soberanía popular sobre aquel, lo cierto es que hay responsabilidades compartidas por ambos bandos. Pero, si debiese apuntar el índice acusador en tan solo una dirección diría que, debido a la tan mentada globalización en la que estamos inmersos y la consiguiente inmediatez del mensaje enlatado que debe transmitirse al mayor número de personas en el menor tiempo posible, la culpa recaería en el lenguaje periodístico y en el de la publicidad, que vemos y escuchamos en la radio y la televisión y que leemos en los periódicos y en los espacios públicos. Así, por la influencia que ejercen, los llamados comunicadores —periodistas, locutores, animadores, presentadores y semejantes— tienen un poder discrecional ya no solo en la formación de opinión sino también en los usos y voces del habla, lo que los convierte en la instancia arbitral del idioma frente a las mayorías, con una influencia mayor que aquella a la que podría aspirar cualquier escritor o pedagogo. Por eso, los

atentados que cometen con demasiada frecuencia contra la sintaxis y la puntuación, incrementan exponencialmente su responsabilidad.

Junto con la necesidad de erradicar estas anomalías, hay también la urgencia de limpiar la hojarasca que apolilla las páginas del diccionario. Así, solo cabe esperar que los más de doce mil nuevos vocablos y modificaciones que ha incorporado al diccionario la Real Academia Española desde la última edición impresa del DRAE, hace ya una larga década, hayan pasado previamente por el tamiz de una sana depuración, aplicada a todas aquellas palabras que el tiempo o el desuso han vuelto obsoletas. Simultáneamente, hay también una necesidad de “detener la barbarie lingüística”, para decirlo con las palabras de Francisco García Calderón, uno de los fundadores de esta institución quien, ya en su tiempo, sintió la necesidad de sublevarse en contra de las afrentas diarias al idioma por parte de las huestes populacheras. Cuán higiénico sería, señor Presidente, que a nuestra ilustre Corporación se le otorgase alguna facultad fiscalizadora para corregir y hasta sancionar a quienes atentasen públicamente contra el idioma. Pero, evidentemente, semejantes poderes solo se obtendrían con una ley que solo podría ser sancionada por nuestros parlamentarios... ¡Y vaya si no tenemos pruebas irrefutables de que ellos, en su mayoría, se caracterizan justamente por su agreste y rudimentario manoseo del lenguaje!...

Señor Presidente, señores académicos:

Mucho es aquello con lo que, en el curso de estos cinco siglos, españoles y americanos nos hemos enriquecido mutuamente en beneficio de nuestro acervo lingüístico común. Lo hemos hecho con el idioma hablado y también con hazañas universales de la escritura. Pero si el español no es solo incumbencia de una elite —el intelectual como “estímulo de la conciencia cívica de un pueblo”, como lo sugirió don José Luis Bustamante y Rivero precisamente en su discurso de ingreso hace más de media centuria—, tampoco puede ser la zarandaja de cualquier hablante escudándose detrás de aquel otro raciocinio perverso según el cual, la única finalidad del idioma es la de comunicarse; y lo demás, simples fuegos de artificio para engalanar la kermés de las palabras.

Decía anteriormente que explorar los parajes ocultos de la gramática me definió como escritor, y que su consecuencia directa fue también la reafirmación de mi nacionalidad. Sin embargo, esto no suplantó la sensación de una cierta marginalidad engendrada, quizá, por aquello que Sartre llamó el *estar en situación* —pesado concepto, es verdad, para una noción sencilla como es la *circunstancia*, pero referencia ineludible al lugar de cada quien en su entorno—, sensación en fin que, con el paso de los años, iría adhiriéndose a mi propia naturaleza como una nueva epidermis. Primero fue la ausencia de esas *otras* raíces familiares y amigables, aquellas que germinan en la casa paterna pero que se bifurcan en tentáculos afectivos que asen los hogares de los abuelos y los tíos y los primos y, luego, los de aquellas amistades que devendrán entrañables; querencias todas ellas fraguadas sutilmente desde la cuna y, más tarde, en el colegio, en el barrio y en la tibieza de los veranos inocentes de nuestra niñez. Raíces *otras*, acentúo, que crecen como el follaje de un árbol frondoso cuyas ramas implantan los referentes vitalicios del afecto y la ternura, pero que no encontraron, en mi caso, la ocasión de brotar por mi ausencia permanente del país de mi nacimiento, es decir, por la ausencia de ese *otro* entorno múltiple y caluroso. Más tarde se sumarían a estas distintas ausencias nuevos síntomas que fortalecerían la raigambre de la periferia, como el presagio contenido en la baja lectoría que encontraron en mi propio país mis primeros tres libros publicados en Barcelona: baste decir que de ellos se importó al Perú apenas un puñado de ejemplares, debido a que el control de divisas y otras restricciones impuestas por el régimen militar de aquellos años, dificultaban grandemente los giros de pago en moneda extranjera. Como resultado, los escasos libreros peruanos que importaban de España preferían traer manuales de repostería o de autoestima, o bien esos lujosos libros de arte para vender en Navidad como preciados obsequios destinados a la decoración más que a la lectura, en lugar de arriesgarse a adquirir textos de perfectos desconocidos, categoría en la que naturalmente yo me encontraba y de la que solo se salvaban, en aquellos tiempos peruanos, Vargas Llosa y Alfredo Bryce. Esto hizo que esos libros primigenios míos tuvieran en el Perú no solo escasos lectores sino, también, una repercusión crítica prácticamente nula; (más de una vez he sentido en librerías limeñas y arequipeñas, la

extraña impresión de encontrar algún título mío ubicado, con ordenada probidad, en el anaquele de autores extranjeros)...

La adversidad, lamentablemente, se prolongaría con mis obras posteriores como un hábito, aunque lo que más reafirmaría ese sentimiento de marginalidad sería constatar que, en todos esos años, varias tesis universitarias sobre algunos de mis libros se escribirían en los Estados Unidos, Francia, Cuba y algunos otros países, pero ninguna, jamás, en el Perú. He cultivado asiduamente el arte de la autocrítica. Pero me resulta difícil creer que ningún libro mío haya suscitado alguna vez un interés, siquiera efímero, en algún estudiante peruano de literatura...

* * *

Fue Adriano el lazarillo que me guió por las vicisitudes de esta singular travesía interior —el refugio en la lectura, cuándo no, al amparo de las palabras—, y quien me hizo comprender la convivencia serena, sin sobresaltos, con el sentimiento de la marginación. Recuerdo bien cómo me identifiqué desde temprano con las memorias imaginarias del emperador hispano, al punto de sentir las como íntimas revelaciones que habría de compartir por siempre con él, en una suerte de apropiación juvenil de aquellos sentimientos conjeturados por su biógrafa. Poco tiempo antes de leer *El Aleph*, fue tal vez *Memorias de Adriano* el libro que más me impactó, grabando en la mía estas palabras admonitorias que me liberaban finalmente de cualquier culpa o alejamiento: “Debo hacerles aquí una confesión que no he hecho a nadie —diría Adriano según una inspirada Marguerite Yourcenar—. Jamás tuve el sentimiento de pertenecer a algún lugar, ni siquiera a mi bienamada Atenas ni tampoco a Roma. Extranjero en todas partes, no me he sentido particularmente aislado en ninguna”. Fatua presunción la mía de intentar fundir mis pasos en la impronta de “la vida uniforme”, como tildó Hesse a la de su propio lobo estepario y como fue también la del noble íbero; pero esa era la única manera como podía yo mantener alerta la vigilia en aquel joven que fui alguna vez.

Mi vida, por tanto, ha estado marcada por el azaroso vaivén del itinerante. Los años formativos, como los he llamado, algo solitarios aunque también felices, fueron confeccionados con retazos de horizontes volubles, lo que me permitió observar aquello que me rodeaba con un mismo desprendimiento hecho de tolerancia antes que de apatía. Y cuando estaba a punto de asumir la diplomacia como profesión, caí en la cuenta de que la arriesgada persistencia en una vida nómada solo la compensaría con una memoria sedentaria, como la que me ofrecía la literatura. Y fue a partir de allí que pude seguir imaginando, sin recelos, mundos huidizos apenas deformados por la reminiscencia retentiva de ciertos fragmentos de mi propio itinerario personal.

La leyenda, que es una ficción con alcurnia, cuenta que uno de los beneficios de los viajes es la ruptura de las amarras con todos los lazos imaginables: con la familia, las amistades iniciales, los amores fugaces, con el país de origen. Pero en mi caso, la jornada sin fin que constituyó siempre esa porción indisoluble de mi vida me indujo, paradójicamente, a asirme de la literatura como una tabla de salvación para convertir el lenguaje, más que en refugio, en un anclaje para los espejismos del periplo permanente.

* * *

Somos la suma de todos los rostros y miradas con que nos hemos cruzado en el camino. Compruebo, así, que mi vida está jalonada por unos cuantos paisajes que pueblan, nostálgicos, la mirada compasiva con que los recuerdo, pero sobre todo por la evocación de algunos rostros, que perduran eternamente jóvenes en mi memoria, de los seres que me enseñaron, por poco que los aprovechase, aquello que aún pudiera haber en mí de asombro y de curiosidad.

La aventura cautivante que he mantenido con la palabra la inicié y la arraigué bajo la tutoría de dos mentores y un maestro, a los que siento el deber de recordar aquí: Armand Raballand, un anónimo profesor de mi colegio en Francia, quien incentivó en mí el interés por develar los misterios del idioma; y Francis Schoemaker, ya en la universidad, que

siguió atizando esa búsqueda inicial. Pero es a mi maestro, don Augusto Tamayo Vargas, antiguo director de este cenáculo, al que le debo la confirmación de mi inclinación por la literatura, porque él creyó en mí con mayor convicción, o con menos dudas, de las que yo tuve sobre mí mismo. Menciono a estos tres preceptores junto con los nombres de don Aurelio Miró Quesada, que me ofreció generosamente las páginas de *El Comercio* para comenzar en ellas a escribir públicamente en español; y de don Alberto Tauro del Pino, quien me retó tempranamente a estar a la altura de la amable inclusión de mi persona en su primera *Enciclopedia Ilustrada del Perú*. Rindo así un homenaje personal a la memoria de todos ellos que, de una u otra forma, me orientaron en las distintas etapas de mi recorrido literario.

Señor Presidente:

Soy el beneficiario de un honor que alcanzo con más emoción que merecimientos. Dos apellidos celtas y por lo mismo apartados de lo hispano, no han causado reparo, siquiera eufónico, para que los señores académicos vieran en mí al trabajador esmerado de ese idioma español al que he pretendido servir, por menores y hasta ínfimos que puedan resultar finalmente mis aportes, pasados y futuros, cuando alguna vez se los juzgue críticamente. Por ello es que la honra que siento ahora, una de las mayores de mi vida profesional, se acrecienta, ya lo dije, con la satisfacción de saber que mi incorporación como numerario acontece en la morada de quien fue el propulsor de una renovación de la Academia Peruana de la Lengua, don Ricardo Palma, ese “patriarca de las letras peruanas” como tan justamente lo consideró don Víctor Andrés Belaunde, él mismo uno de los más insignes sucesores que tuvo nuestro tradicionalista y uno de los más altos representantes de la diplomacia peruana, a la que pertenezco por ascendencia y vocación tanto como ahora, que por elección de mis pares, paso a formar parte de esta institución.

Hoy me abre las puertas de la Corporación un prestigioso académico que me enaltece con su amistad: don Manuel Pantigoso Pecero. Se trata de un intelectual que no es solo un poeta de renombre sino también dramaturgo, crítico literario, gestor cultural y catedrático universitario,

así como un educador de alcance internacional. Su alacridad literaria y personal le ha permitido alcanzar esa “plenitud intelectual y creadora” que encuentra en él un destacado numerario, don Ricardo González Vigil, lo que convierte a don Manuel Pantigoso en uno de los más prolíficos autores peruanos de los últimos tiempos. Y en lo personal no podría dejar de reconocer, públicamente y agradecido, los ensayos críticos que él ha dedicado a algunos de mis libros, así como el hecho de que fue uno de los impulsores de mi elección a la Academia, junto con don Ricardo González Vigil y mi apreciado profesor, don Jorge Puccinelli Converso, todos responsables de haber precipitado este imprudente reconocimiento que ahora recibo.

En otra circunstancia no habría sido, acaso, lo más indicado que un poeta hablase sobre un narrador. Pero es precisamente al poeta a quien rescato ahora, para compartir con ustedes todos una última confidencia: se trata de un cierto complejo que siempre he sentido frente a la poesía, puesto que nunca he podido escribir un solo verso en mi vida. Soy un convencido de que la lírica, que jamás pude alcanzar, es la única expresión literaria predispuesta, por la naturaleza de las cosas, a la perfección a través de la palabra. Por eso es que me siento un tanto incómodo esta noche pues un poeta es quien, con su proverbial nobleza, me recibe en el umbral; y es otro poeta, hospitalario él, quien preside el rito de la afiliación. Me habría complacido explayarme sobre la proficua trayectoria de ambos, pero prefiero descartar los tópicos habituales de la miscelánea académica o la enumeración del predicamento intelectual inherente a su condición esencial de humanistas, ante al riesgo de que alguien por allí pueda recordar con malicia a don Francisco de Quevedo cuando advirtió que hay estocadas sin halagos, pero que rara vez hay halago sin estocada...

Señor Presidente, amigos todos:

Con la audacia propia del cachimbo —iqué sugerente peruanismo, ya recogido debidamente por el diccionario, para referirse al recién ingresado, que es mi actual condición en este círculo!—, con ese mismo atrevimiento, digo, con que me aventuré, líneas arriba, a insinuar lo que podría ser una tarea inspectora para la Academia sobre el uso correcto

del idioma, me permito entrometerme una vez más para sugerir que retomemos la añeja tradición de asignar un asiento a cada académico, identificado por letras del alfabeto o acaso con nombres de notables figuras de la cultura peruana, rancia costumbre que perpetúan la propia RAE y varias de las veintidós corporaciones correspondientes. Le recuerdo que usted mismo, señor Presidente, me comentó alguna vez de manera amigable e informal que, de haber subsistido entre nosotros aquel hábito, yo estaría probablemente ocupando la silla dejada el año pasado por nuestro amigo y colega, don Carlos Eduardo Zavaleta. En efecto, este estupendo narrador estuvo también por muchas décadas vinculado a diversos quehaceres diplomáticos, lo que constituiría mi relación mayor con él porque la narrativa de ambos tuvo, en verdad, poco en común. Sirva, entonces, esta breve recordación de la figura de Zavaleta (quien ingresó a la Academia junto con usted, señor Presidente, y que es, además, con el colega Rivarola, la otra desaparición de nuestras filas que debemos lamentar en tan solo un año) como otro homenaje personal a su persona.

Y para terminar, ahora sí, con mis encomiendas, pienso que la Academia Peruana de la Lengua también podría servir, de algún modo, de apoyo al multilingüismo inherente a la realidad histórica, social y cultural del país. Estoy plenamente consciente de que la finalidad de la Corporación no es otra que el cuidado y defensa del idioma español. Pero, así como nos guiamos por los mismos objetivos y perseguimos idénticos propósitos respecto a nuestra lengua común, también es cierto que gozamos de suficiente latitud como para convenir metas particulares de acuerdo con nuestra realidad, al igual que todas las academias correspondientes de la RAE y sin eludir, por cierto, los fines esenciales que procuramos. Sabemos, señor Presidente, que, siguientes al español, el quechua y el aimara son los idiomas más propagados en el Perú, como que fueron también los más hablados por las poblaciones originarias cuando, ensillado en caballería y con la cruz catequizadora como estandarte, asomó en nuestras costas el idioma español. Pero, como las estadísticas demuestran que las dos lenguas vernáculas principales están siendo relegadas por la modernidad —anualmente quince mil peruanos, de entre los cuatro millones de quechuahablantes, se alejarían para siempre de su lengua materna, y una

cifra proporcional se registraría con el aimara—, propiciar el bilingüismo desde nuestra institución, lejos de conspirar contra el idioma español sería más bien una forma adicional de reforzarlo, consolidando su expansión y favoreciendo su buen uso gramatical. No menos importante sería el papel integrador que cumpliría esta Academia con semejante esfuerzo, porque serviría para refutar la actitud de quienes reivindicán falsamente un renacimiento de las lenguas americanas prehispánicas, no por apego a ellas sino únicamente como condenable instrumento racista al servicio de una lucha de clases trasnochada, como si los idiomas fueran en sí correas transmisoras de ideología y como si el español fuese, luego de medio milenio de presencia ininterrumpida en estas tierras, apenas el lenguaje del opresor foráneo supuestamente responsable, además, de la extinción progresiva de las expresiones indígenas habladas y escritas.

Finalmente, me quedaría con una impaciencia si terminase estos desparpajos disimulados como sugerencias, sin mencionar la campaña personal que llevo a cabo de largo rato, respecto a esa empecinada desfiguración nada menos que del nombre propio de nuestro país, empresa en la que también podría cumplir una tarea pedagógica nuestra cofradía. Desde la *Historia General del Perú* del Inca Garcilaso hasta Raúl Porras con su hermoso libro intitulado *El nombre del Perú*, pasando por Lorenzo de Vidaurre con su *Plan del Perú* y el sugestivo *Mapa del Perú* del sabio Raimondi, el nombre propio de nuestro país se escribió siempre con el artículo —*el*— por delante o, cuando el caso, con la contracción de la preposición y del artículo. Así fue durante el virreinato y así se consagró con la independencia: *República del Perú*. Designar, entonces, al país como *Perú* a secas, lo que está generalizándose, en lugar de *El Perú*, no es apenas una inofensiva inocencia de locutores de radio transmitiendo los partidos de fútbol, o una inadvertencia del habla en las nuevas generaciones de peruanos. Se trata del patronímico de la nación, que debemos decirlo y escribirlo con el mismo respeto y corrección que pretendemos para nuestros nombres y apellidos. Esta Corporación podría enseñar a decir nuevamente *El Perú* así como *en el Perú* en vez del deformado *en Perú*, y *del Perú* en lugar del indigesto *de Perú*.

Señor Presidente:

Ingreso a la Academia Peruana de la Lengua en fechas emblemáticas: un jueves como hoy, quinto día de la liturgia tan íntimamente relacionado con César Vallejo, el más grande escritor peruano y uno de los genios indiscutibles del idioma español de todos los tiempos, de quien este año celebramos justamente el centésimo vigésimo aniversario de su nacimiento cuando, en coincidencia, conmemoramos también los ciento veinticinco años de la fundación de nuestra institución. Asumo, pues, esta fecha que apunta simbólicamente en varias direcciones, como augurio de una cita ineludible con el idioma, que por eso aquí me encuentro atendiendo a la convocatoria que se me ha cursado y orgulloso de acudir puntualmente a este compromiso. Porque siento, sí, como un verdadero compromiso, mezcla de privilegio y desafío, ser parte de una sociedad que acoge a tan importantes intelectuales y profesionales de diversas disciplinas y, como pocas entre nuestras veintitrés academias de la lengua española, hasta un Nobel destinado a universalizar para siempre a la literatura peruana.

En su más reciente libro, señor Presidente, usted recoge el fragmento de un poema en prosa que otro recordado académico, don Washington Delgado, dejó tras de sí al marcharse hace algunos años. Se llama, muy apropiadamente, “Acerca de las palabras” y siento que encierra en tan solo tres frases todo lo que he pretendido decir hoy, aunque con un exceso de vocablos —prueba de que no soy poeta— del que sabrá usted disculparme: “A veces es la vida, a veces es la muerte, el viento de las palabras. Un día moriremos, nuestro nombre volará por aquí y por allá, antes de esfumarse para siempre. Estamos hechos del aire de las palabras y, cuando la palabra se va, no somos nada”.